

2. NOTAS

La casa cerrada

Andrea Ocampo

Londres 38, Espacio de Memorias, Chile
andreiii@gmail.com

¿De qué modo una ausencia puede ser singular?
Giorgio Agamben (*Profanaciones* 85).

[L]a huella del escritor está sólo en la singularidad de su ausencia;
a él le corresponde el papel del muerto en el juego de la
Escritura (Michel Foucault, ctd. en Agamben 85).

Arranca la noche. Los *pisco sours* me llevan a tu casa. Camino con el corazón agitado, bajo la vereda, el cemento partido que dejan los camiones, una esquina sin semáforo. El local de sándwiches, la comida sin dirección de la

- * N. DEL E.: El presente texto fue solicitado a la autora como homenaje-diálogo con la figura de la escritora Guadalupe Santa Cruz (Orange, New Jersey 1952-Santiago 2015), con motivo del tema del *dossier*: las relaciones entre palabra e imagen, pregunta que permea su obra. Estudió Filosofía en la Universidad Católica de Chile y después del golpe militar de 1973 se exilia en Bélgica, donde estudió grabado en la Academia de Bellas Artes de Lieja y se licenció en Formación de Adultos y Educación Permanente en la Universidad de la misma ciudad. Entre sus obras se encuentran *Salir* (1989), *Cita Capital* (1992), *El contagio* (1997), *Los conversos* (2001), *Plasma* (2005), *Quebrada. Las cordilleras en andas* (2006), *Ojo líquido* (2011), *Lo que vibra por las superficies* (2013) y *Esta parcela* (2015). Como equipo editorial hemos optado por acoger una aproximación de carácter testimonial que evidencia las interpelaciones de la obra y biografía de Santa Cruz hacia la autora, organizadas en torno a la ausencia y al duelo de su figura.

esquina. Pasaje Navarrete 1153. De repente me sé tu número, de memoria con los pies cansados. Con tacos me duelen las piernas, la cadera, la espalda viajera que me trae a esta puerta. Como nunca ando con tacos. Como nunca vuelvo por donde ando. Vengo con zapatos de charol a buscarte. Como sueños de niña que comenta en la sobremesa. La memoria del cuerpo me deja acá, ni siquiera me deja pensar. Las cuabras son edades.

Hoy es lunes y vuelvo a tu pasaje de baldosín, sin salida, a las casas de adobe, de cité abierto, cité remaquetado que resiste a esta ciudad inmunda de tabiques. Es lunes y vengo a buscarte como hace seis, cinco, cuatro, tres años atrás. Camino lento, mi cuerpo y mi cabeza están movidos. La adrenalina se disuelve en tristeza, sorpresa de saber que nada va a pasar, que no saldrás de la puerta por la que tantas veces arrancaron bicicletas, en la que nos despedimos y me decías algunos pocos cuidados. Los consejos de la mamá que nunca quisiste ser. Que te resististe a ser.

Enciendo el teléfono porque así vengo, con esa inmundicia que todo invade y enmudece, que perturba. Vengo a buscarte, a dejarte mi saludo, mi recuerdo, mis palabras, una mancha en la mejilla, un vaso mojado, la casa cerrada. Aún celeste, sin auto estacionado, sin malas estacionadas, sin luces prendidas, sin baterías al cero. De las botellas quebradas en el suelo, la estufa prendida, los libros y los afectos esquivos. De ahí salí y a ello asisto. Me encuentro buscando más preguntas que respuestas. Rehago mis compromisos con las manos, con el hechizo que me lanzaste en medio del juego, con esa mirada por la que me pierdo, con los disfraces y sus rituales de comunidad. Vengo de capa, tacos y cartera brillante al encuentro de las estrellas incendiarias. Inmediatamente pienso en la Aceituna. Un horizonte, tu gata. La recuerdo apenas como un gato se asoma al tejado. Baja, se acerca.

Me siento en la vereda y lloro como lloré cuando nos despedimos, antes de nuestros viajes, del que solo volví yo. Más distante, con la piel curtida y las manos secas, más con las memorias de las paredes vivas. La puerta lijada sin barniz. Así me gusta a mí, exclamas. La casa siempre por comenzarse, nunca el acabose del trabajo de hacer, de construirse amurallada como la casa, con bambúes y ligustrinas, tantas trepadoras bajo el parrón, árboles frutales, árboles para las hechicerías de las manos sobre el papel, árboles para sus hojas. Otro tiempo, otras imágenes, otro interés en el dolor de mano abierta y boca cerrada, roja en surcos oscuros, labios como timbres sobre cigarros, servilletas, mangas, lápices. El silencio

y su poder de oscurecerlo todo. Esa capacidad de borrar el pasado para poder seguir viviendo, el secretismo, las estrategias literarias y sus afectos insoslayables. Todo en contra, el cerro arriba. La lavadora, el refrigerador escondido en el baño, el baño que se tapa, el “por favor no botar los papeles en la taza”. El agua que se escurre por la casa, las paredes que necesitan echarse abajo para levantarlas nuevamente a mano alzada. Cada hueco es una biblioteca, dices. Esta casa es mi casa, dices. Los cimientos sostienen los libros y dibujan la habitación que nunca habitaste, ese lugar de consulta, de duda, de paso. De tesoros secretos, dudas y nombres. Una cama rodeada de libros y galerías de vidrios transparentes. Solo las hijas marcan la intimidad de la sala de lectura. Todo está apagado. Una pequeña ventana corona la principal, adentro todo está oscuro.

Cómo lo hago para que salgas por la vitrina y me abras ambas puertas para entrar con toda mi vida hasta dentro. Cómo lo hago para llamarte por tu nombre, para leer tus libros sin llanto, sin extrañeza, sin escuchar tu voz en la lectura. Me envalentono y me acerco a la puerta con pánico de escuchar algo adentro, sabiendo que no vas a estar. Soy tan valiente que camino lento, sin caerme, sin tropezar para enfrentar la casa cerrada, como yo. El pasado clausurado, tu cuerpo dejado en otra calle de esta ciudad. Cerrada la casa, cerrada la boca, cerrado el puño y los ojos. La rabia de no guardar más que la memoria de los libros, que la memoria inestable de los recuerdos. La antipatía honda, la promiscuidad literaria, sus caricaturas.

Apareces ahora desde el futuro que fui sin ti. Sin saber cómo estar sobre tu mesa y opinar en la medida, haciéndole juego a la dignidad de palabras dichas y la violencia de las escritas. Huacha literaria, sin linaje, sin generación, sin amistades. Sin destino, pasado, herencias, ni papeles entremedio. Un sinsabor en el alma que degluto día a día cuando paso por Manuel Montt. Las postales de tus viajes, las revistas, la bufanda de tu última Francia esperan en la maleta que me llevarán a las tierras donde siempre me enviaste. Aquí, afuera de tu casa, soy el olvido que solo yo mantengo, el abrazo hundido, el plano frío de la muerte. Los ojos brillantes, salidos. El mareo, la cabeza que se agita de un lado a otro. El tono rígido, tus manos heladas, huesudas, gigantes. La casa es una boca abierta, cerrada. La fuerza de la vida me arrebató la caída y me lanza lejos, tan lejos de esa mesa, esa gata, esa estufa. La energía subterránea de los ríos me trae por la noche a escuchar tus consejos, tus ambivalencias, tus preguntas lanzadas desde el

faro de los años. Me apoyo en el poste. Una vecina se impacienta. Un gato sube al capó de un auto viejo. No hay primavera ni verano en el jardín. Veo las plantas secas de frío. Piso la tierra, las hojas quemadas en la calle, me pierdo en tus ventanas. El 1153 permanece. Tu sombra intacta bajo el farol. Lame el gato el cariño de sus pelos. ¿Aló?